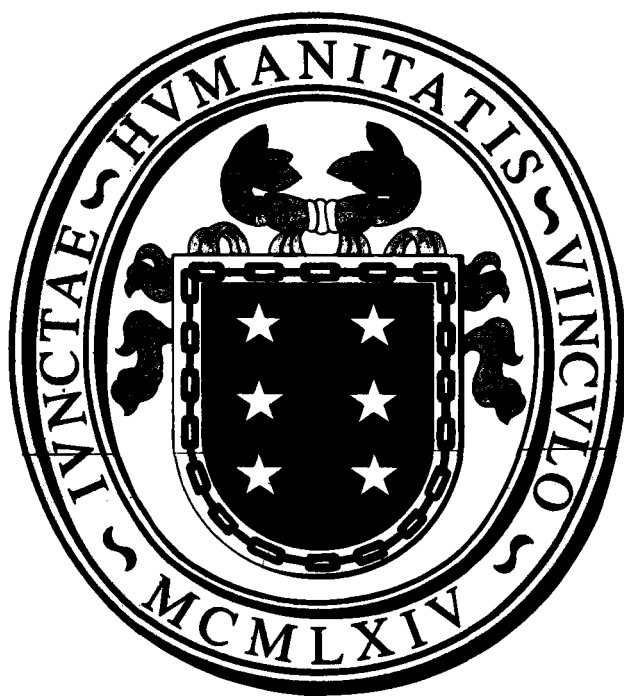


ANALES
DEL
INSTITUTO DE CHILE



1981

DARIO E. SALAS D.

ALGUNAS CARACTERISTICAS DE SU OBRA*

Marino Pizarro P.

I

Señor Presidente del Instituto de Chile, don Domingo Santa Cruz, señor Director de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, profesor Roberto Munizaga Aguirre, señores Académicos, señoras, señores:

No es fácil asumir la responsabilidad de un homenaje al Primer Centenario del nacimiento del eminente educador don Darío Enrique Salas Díaz.

No es fácil tampoco agradecer el honor que me confiere la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile al invitarme a disertar sobre algunas características de la obra de este maestro singular.

No es fácil. Lo sé. Porque es como acometer una empresa para la cual es necesario una profunda y sustantiva voz, una limpia y reposada palabra.

Por eso, me acerco a esta tribuna con la humildad del que no tiene otro mérito que la certeza de creer en la dignidad de su oficio, que no tiene otro aval que la fe y el amor a su profesión.

Cien años, sin embargo, son un hermoso itinerario para evocar la memoria de un hombre de verdad. De un hombre que fue testigo y factor del desarrollo educacional entre dos siglos, armella de unión entre un pasado y un presente, historia viva de las virtudes del maestro antiguo y las bondades del pedagogo nuevo.

Cien años para recordar a un hombre que supo situarse por encima del conglomerado político, en la alcornia ética y espiritual, con

*Discurso pronunciado en el homenaje que la Academia de Ciencias Sociales rindió al prof. Darío Salas el 27 de mayo de 1981.

justicia, tolerancia y paz. A un hombre interesado en la promoción de la cultura, en los problemas del mundo, en la preservación de la libertad y, sobre todo, a un hombre convencido de que la educación es la mayor fuerza espiritual de progreso humano. Un hombre con prestancia interior para trasuntar sus principios sin renunciamentos y sin claudicaciones.

Cien años para recordar a un hombre persuadido de que la educación es fundamento de todo proceso de cambio, de que el cambio verdadero es un cambio de intelecto, de actitud, de voluntad, de conocer primero para hacer después. Por esa firme convicción suya de que educar es realmente hacer el camino mejor para el hombre, su circunstancia modificable y su ámbito material y espiritual, fue siempre, en todo, un maestro. Educó y contribuyó a la educación en sus múltiples quehaceres. Y lo hizo siempre desde adentro, no sólo con la profesionalización necesaria sino con una vocación auténtica.

Cien años para recordar a un hombre que no alcanzó a conocer todas las realizaciones de su largo batallar por la instrucción del desvalido, por la integración de los sistemas de la enseñanza, por el fomento de la investigación, por la aplicación de su Ley, por la educación permanente, por el desafío de atar la vida de todos a un ideal. Su propia vida se ató al carro de la muerte antes de que pudiera dejarnos la riqueza de su acción renovadora.

Cien años para recordar la vida de Darío Salas en el mes preciso de su centenario.

Los viejos romanos no recurrían a las reglas ni a la prédica para educar a sus hijos en las virtudes de su raza. Los hacían inspirarse en la memoria de sus grandes hombres. Y por eso, antes de que el adolescente abandonara la toga "praetexta", ya había resucitado en él el alma viril de algún soldado heroico, de algún patriota austero. Necesitamos nosotros hacer como los viejos romanos: presentar a los niños y jóvenes de hoy, para que en ella se inspiren, la vida de los grandes maestros de nuestro país —tan olvidados y tan ajenos— y presentarles sobre todo la de este hombre, capaz de realizar la idea de humanidad y capaz de crecer y morir por esa humanidad.

II

En el encuentro de dos siglos se halla, pues, la figura de Darío Enrique Salas. La historia de esos años es por todos nosotros conocida. No siempre, por desgracia, recordada para valorar la importancia de los hombres que hicieron y rehicieron esa historia. Parece a veces que “una mala conciencia de parásito” o una amnesia deliberada mellara los trozos significativos de nuestro pasado.

Sin embargo, siempre, por fortuna también, hay una puerta abierta como un día soleado para reencontrarse con la historia. Eso es lo que nos ha sucedido con la vida de Darío Salas. Él es la historia de su tiempo. Sucede así con los grandes hombres. Ellos hacen la historia que otros cuentan, escriben u olvidan. Darío Salas nos trajo el privilegio de redescubrir el tiempo ido. ¿Habría que repetir con el poeta que cualquiera tiempo pasado fue mejor?

No hace falta. Los que hemos debido adentrarnos en el quehacer de este ilustre educador hemos comprendido el entorno político, social y cultural que circundó su vida. Está presente en cada una de sus obras, en cada palabra, en cada diario acontecer. Por eso, no hace falta decir ahora lo que otros, con autoridad de entendidos, dijeron en relación con su época. Bástenos saber lo que fue, cómo fue, para excusarnos de reiterar la síntesis de la evolución nacional que le correspondió vivir. Darío Salas resume con propiedad ese pretérito de profunda efervescencia colectiva, de diferencias ideológicas y partidistas, de luchas intestinas, de guerras en los mares del Pacífico y del mundo, de revoluciones económicas, de renovación de la cultura y de plasmación de una conciencia nacional. Tiempos duros y contradictorios entre la maduración cívica y el progreso económico, la arritmia de una sociedad tradicional y la pugna por la lucha de la justicia y la libertad. Difícil ejercicio para un “libertador del alfabeto”, como ha querido llamarlo, tan justamente, el profesor Roberto Munizaga. De esa conjunción de dos siglos, surge, pues, como el Darío del modernismo “del verso azul y la canción profana”, este otro Darío nuestro, por tantas razones, ejemplo y maestro de modernidad.

III

Darío Enrique Salas nace en Nueva Imperial el 9 de mayo de 1881. Recibe el título de Profesor Primario en la Escuela Normal de Chillán en 1899 y de Profesor de Castellano y Francés en el Instituto Pedagógico en 1904. Egresada, además, de la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales. En los Estados Unidos, inicia cursos de postgrado y en 1906 obtiene el Master en Pedagogía y en 1907, el grado de Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación.

Su influencia pedagógica comienza en el mismo momento en que es nombrado ayudante de escuela primaria en 1900. Siguen después sus cargos de Profesor de Pedagogía e Idiomas en las Escuelas Normales de Santiago desde 1908 a 1911; Profesor Auxiliar de Pedagogía en el Instituto Pedagógico, Profesor de Pedagogía en el Instituto de Educación Física y en el Instituto Superior de Comercio, en 1910; Inspector General de Instrucción Pública, en 1918; Director de Educación Primaria, en 1921; Consejero del Ministerio de Instrucción Pública, en 1928; Profesor de Historia de la Educación, de la Cátedra de Pedagogía y Director de Práctica Pedagógica, hasta culminar como Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, en 1935. Asistió a Congresos, creó escuelas experimentales, dirigió revistas, tradujo obras, presidió agrupaciones gremiales, reformó el sistema nacional de educación, renovó la enseñanza, reorganizó el bachillerato, modificó la estructura orgánica del Instituto Pedagógico, escribió libros, viajó por el mundo... y fue el autor de "El Problema Nacional", antecedente fundamental de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria de 1920.

Muere Darío E. Salas en Santiago el 15 de febrero de 1941, después de haber trazado el más perspicaz camino para la nueva educación. Nada le fue indiferente. Lo mismo en la apartada escuela rural que en la bullente escuela ciudadana, lo mismo en la esperanza de una patria distinta que en el dolor de las incomprensiones de sus contradictores. Nunca cejó en sus propósitos. Buscó y halló seguidores que compartieron su tarea. Buscó y halló en el hombre humilde, en el joven vehemente como en el político tenaz o el tribuno ilustre la fuerza necesaria para combatir la ignorancia y derrotar la estulticia.

Maestro de idiomas comprendió el lenguaje del universo sin traducirlo nunca en neologismos irreverentes; profesor de la palabra llana, nunca quiso ser difícil en el coloquio con sus alumnos; profesional de la justicia, dio a cada cual lo suyo en nombre de la concordia y la razón. Merecimientos y virtudes de una personalidad limpia, objetiva, justiciera. Una personalidad ejemplar dedicada al trabajo del intelecto y al bien común y entregada por entero a la defensa de los ideales de una sociedad más libre, más culta, más humana.

Su obra toda sacude los cimientos de la intelectualidad, la política y la economía en los linderos mismos del sistema democrático de la República. Su filosofía continúa en la invariable línea orientadora de Valentín Letelier y de sus coetáneos más próximos, en solidaria comunión con Pedro Aguirre Cerda y Luis Galdames. Él fijó, con irrenunciable convicción, el sello del espíritu científico y el criterio sociológico y laboró sin tregua por una chilenidad fundada en los valores éticos y humanitarios. Darío Salas enriquece su pensar con las ideas de John Dewey durante su estancia de perfeccionamiento en los Estados Unidos, las que serán posteriormente el acto de fe de su credo pedagógico. Como ninguno, Darío Salas es el veedor del universalismo y del pensamiento social y el más inveterado exponente del desarrollo y fomento de la educación nacional.

El recuento de su extensa labor se reseña en las publicaciones más importantes y conocidas. Desde 1905 hasta poco antes de su muerte, no descansó en dar a conocer su experiencia, en señalar rumbos, en expresar su inquietud por la enseñanza en todos sus niveles, en manifestar a las autoridades el lineamiento de su acción renovadora. Siempre estuvo atento a precisar la política educativa de lo que él consideraba más adecuado para su tiempo y para el porvenir. Fue, quizá, el que con mayor sagacidad avizoró el futuro de la educación del país, el verdadero descubridor de lo que hoy conocemos como innovaciones pedagógicas. Sin sofisticaciones didácticas y sin extranjerismos innecesarios de estructuras vacías, reconoció siempre que el proceso educativo es un proceso vital de relación humana para la formación del hombre. Sus obras son así la expresión de su real credo pedagógico.

Desde 1905 a 1907, escribió *Las Memorias* sobre su desempeño en la Comisión de Estudio en Estados Unidos, que fueron publicadas en la *Revista de Instrucción Primaria*.

En 1908, dio a conocer su obra "La Educación en Estados Unidos", editada en Santiago de Chile por la Imprenta Universo. En ella traza un clarificador cuadro de la situación pedagógica en el país del Norte. Pasa revista a la organización y administración de la enseñanza a través de todo el sistema sin excluir ninguno de sus aspectos, aun aquéllos que él estima negativos. Se detiene extensa y cuantitativamente en el fin de la educación y en otras características esenciales, para finalizar, en un breve capítulo, a modo de conclusión, con el desarrollo pedagógico, visto en su conjunto, la experiencia yanqui y nuestro progreso pedagógico. De esta última parte, quiero reproducir algunos de sus párrafos más relevantes:

"No es ni equitativo ni científico juzgar un sistema educativo aparte del medio en que se ha desarrollado, pues las instituciones educadoras de un pueblo forman parte de su cultura, están íntimamente ligadas al desenvolvimiento histórico de ese pueblo, a sus condiciones económicas, políticas y sociales... De ahí que nuestras instituciones nacionales deban crecer de nuestras propias necesidades y no de las necesidades de otros, de nuestras propias debilidades y no de las ajenas. No es, pues, la adopción de un sistema pedagógico determinado, llámese el inglés, alemán, francés o norteamericano, lo que nos conviene, sino la adaptación de elementos recogidos en diversos países más adelantados que el nuestro y la amalgamación de esos materiales en la proporción que exige nuestro medio, para construir así, con ellos, un edificio educativo que, a pesar del eclecticismo de su origen, merezca el nombre de sistema chileno de enseñanza"¹.

Finaliza la obra con un llamado ferviente a laborar sin descanso por el porvenir de la patria.

¹ SALAS, DARIO E. *La Educación en los Estados Unidos de Norteamérica*. Santiago de Chile, Soc. Imp. y Lit. Universo, 1908, p. 85.

En 1910, aparece en la Revista de Instrucción Primaria su estudio-conferencia sobre "La Educación Primaria Obligatoria", cuyo sumario contempla la necesidad de la educación para el individuo, la sociedad y la democracia; la educación primaria en Chile; el proyecto de educación primaria obligatoria, y las objeciones y su refutación. Empieza su Conferencia acusándose de debilidad y de momentos de vacilación al ocupar la tribuna, porque se le había atribuido proyecciones políticas a la ley de instrucción obligatoria y pensaba que no sería bien mirado por algunos que un profesor, un empleado fiscal, tratara en público el asunto. Pero hablaron más alto a su conciencia los deberes de ciudadano y de educador y entendió, como ciudadano, que si se trataba de política no se trataba de la estrecha política de partido sino de la gran política de uno de los problemas de altísimo interés nacional para cuya solución a nadie es permitido negar su concurso. Como maestro, comprendió que, al fin y al cabo, al defender la obligación escolar no hacía sino luchar por la causa que su profesión le mandaba defender, la de la niñez, la más hermosa de las causas.

Sólo diez años más tarde vio cumplida una de sus aspiraciones más queridas.

En 1911, se da a conocer su trabajo "Las Tendencias Instintivas y la Educación", de valor y calidad indiscutibles para esa época.

En 1912, con motivo de la celebración del Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria, Darío Salas presenta el tema general "Correlación de la Enseñanza Secundaria con las demás ramas de la Enseñanza Pública". En él, apoyándose en las Leyes de 1860 sobre instrucción primaria y la de 1879 sobre instrucción secundaria y superior, aboga por una articulación adecuada como un medio de dar unidad y orientación a todo el sistema educativo. Si bien las mencionadas Leyes contribuyeron al mayor desarrollo de cada una de las ramas independientemente no fue menos cierto que dificultaron la necesaria correlación entre ellas.

Cuarenta y seis años más tarde, en 1958, inspirados, sin duda, en este interesante estudio y con la misma repetida inquietud, los profesores Irma Salas y Egidio Orellana, de la Universidad de Chile, publicaron los resultados de una de las investigaciones educacionales más importantes y trascendentes de los últimos tiempos titulada

“Correlación entre el Liceo y la Universidad”, cuya proyección derivó en la puesta en marcha de muchas de sus recomendaciones.

En 1912 y 1913, aparecen los ejemplares de “El Año Pedagógico”, auténticas crónicas de la actividad pedagógica de esos dos años. Inusitada la actividad de 1912, que habrá de destacarse como el año más memorable del desenvolvimiento educacional de la época. Asambleas, congresos, cursos de perfeccionamiento, debates y críticas, popularización de las cuestiones pedagógicas, difusión de la enseñanza, proyectos para mejorar la situación económica del profesorado, son, entre otras, las razones del llamado año pedagógico por excelencia. Fue realmente el año en que se revitalizan, con los nuevos hombres, los nombres ilustres de Sarmiento, Abelardo Núñez, Montt, Amunátegui y Bello.

“Es seguro”, dice Darío Salas, en 1912, “que así como los de hoy, tradicionalistas y modernizantes, científicos y utilitarios, hemos ido a menudo, al armarnos, sea para el ataque o para la defensa, a estudiar en esas dos grandes épocas los orígenes de muchos de nuestros institutos docentes y los fundamentos en que su labor descansa, así también, dentro de algún tiempo, imposible de precisar, los pedagogos volverán al año que termina para buscar en él la raíz de algunos de los principios que informen entonces la enseñanza y el punto de partida de algunas de las orientaciones que ésta presente, con el propósito de entresacar de todo eso argumentos *para defenderla*, los que crean que sigue esa educación respondiendo a las necesidades de la época, y *para combatirla*, los que estimen que las condiciones del medio han cambiado, que los valores de la vida son ya otros”².

Ojalá que las raíces de nuestra ciudadana vida pedagógica en la lección del maestro nunca se olviden y se recuerden siempre por aquéllos que creen que creer en nuestra historia es algo más que una quimera o una falacia.

El año pedagógico de 1913, en cambio, no resiste el parangón con

² SALAS, DARÍO E. *El Año Pedagógico 1912*. Santiago de Chile, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1913, p. 4.

el de 1912. En todo caso, no marca en absoluto un retroceso, sino que sigue con entusiasmo la defensa y conservación de las posiciones conquistadas, especialmente las que provocaran las publicaciones de Francisco A. Encina, Valentín Letelier, Luis Galdames y Enrique Molina.

El 26 de julio de 1913, Darío Salas dicta una conferencia en la sesión solemne celebrada por la Sociedad Nacional de Profesores en el Salón Central de la Universidad de Chile sobre el tema "Nuestra Educación y sus Deficiencias", cuyo objetivo fundamental es ilustrar a la conciencia nacional acerca de las deficiencias hasta entonces anotadas.

En 1913, ofrece tal vez una de las conferencias de contenido más modernista y a la cual no parece haberse dado la real importancia. La tituló "Sobre Educación Popular" y fue leída el 14 de octubre de ese año en el Salón Central de la Universidad a nombre del Comité provisorio del Congreso de Educación Popular. Fue su colaboración entusiasta a la tarea emprendida por la Federación de Estudiantes y en ella trató los aspectos olvidados de la educación, entre los cuales destacó el más olvidado, el aspecto social. Se refirió a la enseñanza primaria y de perfeccionamiento para adolescentes y adultos; la preparación de la mujer adulta para su función social; la enseñanza superior y la educación popular; acción social de la escuela, y medios complementarios de educación popular. Todos estos temas, analizados con profundidad de conocimiento e ilustrados con experiencias concretas de países de Europa y Norteamérica.

"Las instituciones docentes —dice— procuran ajustarse a las necesidades de la colectividad que las crea y sostiene para su beneficio, pero esa adaptación es lenta y cuando, en épocas como la nuestra, los cambios son inusitadamente rápidos, no alcanzan ellas, por lo común, a evolucionar con la celeridad y amplitud que sería menester. De ahí que, a menudo, en vez de ser lo que debieran —exponentes de las mejores aspiraciones sociales y factores conscientes de su realización— aparezcan ellas estabilizadas, en retroceso, fuera de contacto con la sociedad que es su fuente y su sostén, sirviendo ideales ya abandonados, respondiendo a necesi-

dad de otro medio y de otra época”³. Más adelante señala con énfasis: “Urgente es, pues, que las instituciones educadoras traspasen los límites que la tradición les señalaba hasta hace poco. Y urgente es también, ya que con las nuevas cargas caen también sobre ellas nuevas y mayores responsabilidades, que empiecen, una vez por todas, a *proceder conscientemente* y no en *forma irreflexiva*; que estudien las necesidades sociales y los medios más adecuados de satisfacerlas; que pongan el oído atento a los anhelos sociales y procuren encauzarlos; que exploren el horizonte del desarrollo social y elijan el rumbo que mejor armonice las posibilidades de la nación a quien sirven, con el bienestar de sus ciudadanos”⁴.

Y al comentar la acción social de la escuela, agrega:

“Nuestra escuela es la escuela tradicional, la escuela estrecha, la escuela cerrada. Declara terminada su misión cuando apenas comienza a cumplirla. Nada ofrece al adulto, nada a los padres y madres de los niños que educa, nada al muchacho que deja prematuramente sus aulas y sale a la vida desarmado. Lo abandona a su suerte... Y así es su suerte”⁵.

En relación con los medios complementarios de educación señala, como si estuviera aludiendo a las innovaciones educativas de ahora, “faltos de mejor nombre”, como dice él, los siguientes, a vía de ejemplo: las escuelas de correspondencia, los periódicos y revistas postescolares, la organización de una oficina central de colecciones y préstamos de clisés para proyecciones, las bibliotecas y teatros populares, los museos industriales, artísticos, históricos y de ciencias naturales, los campos de juego, y otros. Y como un llamado final a la conciencia de los profesores, cuya obra, dice, es de buena voluntad, de idealismo y de entusiasmo y no precisamente de dinero, les recuerda

³ SALAS, DARÍO E. *Sobre Educación Popular*. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1913, p. 4.

⁴ SALAS, DARÍO E. *Sobre Educación Popular*, pp. 5-6.

⁵ SALAS, DARÍO E. *Sobre Educación Popular*, p. 45.

que no sólo deben consagrarse a los niños sino que también dedicar parte de su tiempo y de sus fuerzas a la queja del que sufre, a la sombra del hogar malsano y pobre, a la súplica de los que han menester luz. Sólo entonces —les repite— les llegará también la plena conciencia de sus deberes y de su misión social. “Hasta entonces —les dice emocionado— habréis sido profesores; sólo entonces comenzaréis a ser maestros”⁶.

En 1915, escribe el Informe presentado al Segundo Congreso Científico Panamericano titulado “La Instrucción Primaria en sus relaciones económicas con la localidad y el Estado”. En él responde a dos cuestiones esenciales planteadas. 1º ¿En qué proporción debería sostenerse la instrucción elemental por impuestos locales y en cuál por impuestos del Estado?, y 2º ¿Cuáles deberían ser los factores determinantes en dicha distribución?

“Parece innecesario advertir —afirma Darío Salas— que, tratándose de un problema de acción, no es tanto —digan lo que quieran los economistas de gabinete— una teoría lo que debe guiarnos en su solución, sino más bien la experiencia, los hechos”⁷. Y hace en seguida una relación acerca de lo que significa el problema en general y en el caso específico de Chile. Pasa revista a los sistemas fundamentales, la centralización y descentralización, la proporcionalidad y los factores de la distribución. En la situación de Chile, examina los antecedentes que lo caracterizan como régimen centralizado, para detenerse en la descentralización y en la conveniencia de implantar un régimen mixto. Para Darío Salas el problema no es fácil. Se pregunta a sí mismo: “¿Cómo implantar de hecho el régimen mixto en un país donde las localidades han perdido ya la tradición —la costumbre, diríamos— de contribuir al sostenimiento de la instrucción primaria y de colaborar en su administración? ¿Cómo implantarlo sin exponer a las escuelas y a los maestros a la influencia malsana del sectarismo, del

⁶ SALAS, DARÍO E. *Sobre Educación Popular*, pp. 48-49.

⁷ SALAS, DARÍO E. *La Instrucción Primaria en sus relaciones económicas con la localidad y el Estado*. Santiago de Chile, Soc. Imp. y Lit. Universo, 1915, pp. 3-4.

partidismo y aun de los prejuicios de clase? La respuesta no puede ser sino una: proceder a una descentralización gradual y paulatina”⁸.

Vale la pena que economistas y planificadores de la educación de hoy tomen en cuenta la palabra del maestro de ayer. Vale la pena, ahora que escuelas y liceos serán administrados por las Municipalidades a lo largo del país.

Llega el año 1917 en que publica, el gran educador, su obra más importante, de vigencia permanente, “El Problema Nacional. Bases para la reconstrucción de nuestro sistema escolar primario”, dedicado, con emocionada súplica, a los honorables diputados profesores, en la esperanza de que un impulso patriótico los mueva a luchar por la realización del programa esbozado en estas páginas. “Habrá de señalarse —anota con propiedad el profesor Roberto Munizaga— como una fecha perdurable en la historia de la literatura pedagógica chilena y constituirse, de inmediato, como el antecedente de un hecho trascendental para la evolución de nuestra cultura: la promulgación de la ley de educación primaria obligatoria, el 26 de agosto de 1920”⁹.

Es, sin duda, el documento más valioso y positivo en que analiza el problema escolar básico y propone soluciones. No es la crítica erudita que se complace en destruir por animadversión a un régimen o lucimiento personal. Es la sincera expresión de un hombre que sabía mirar con objetividad y sentir con emoción y que tenía el valor de decir sin miedo, porque sólo tenía un compromiso: el de un educador con su patria. Quizás si los hombres más dotados de idealismos buscan en la función de educar el camino más certero para volcar en ella sus inquietudes. Quizás, por eso tal vez, Darío E. Salas eligió el magisterio como columna vertebral de su vida y dedicó a él su continuado esfuerzo de investigación y su fe profunda en el hombre. Fue exactamente un hombre que comprendió con claridad las necesi-

⁸ SALAS, DARÍO E. *La Instrucción Primaria en sus relaciones económicas con la localidad y el Estado*, p. 16.

⁹ MUNIZAGA A., ROBERTO. Prólogo de la obra *El Problema Nacional* de Darío E. Salas. Santiago, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Chile, 1967, p. 11.

dades de su época, que urgió para entonces una forma de educación que preparara al ciudadano de este país para hacerlo un productor de progreso y de cultura. Fue “un tipo humano creador de patria”. “Porque, ¿qué es en verdad una nación?”, anota el profesor Munizaga.

“Ella no es sólo un territorio geográfico, ni una cierta cantidad de habitantes, ni una reserva para la producción de bienes económicos. Una nación, como tanto se ha dicho, es ‘un alma’, un principio espiritual, una solidaridad de todos los días, una conciencia de lo que fuimos en el pasado, lo que somos actualmente, de nuestros proyectos de vida hacia el futuro. Ahora bien, los millones de seres que a nuestro lado existen, ¿poseen, en verdad, esa conciencia?”¹⁰

A esos seres está dirigido “El Problema Nacional”, inspirado en los ideales éticos del credo humanitarista de su autor. No cabría aquí analizar su contenido, porque ya lo ha hecho, con sabiduría, el profesor Munizaga al prologar la segunda edición del libro en 1967. Sin embargo, no podría dejar de citar, por su modernidad, algunos de sus acápites: Eficiencia pedagógica del personal, preparación de los futuros profesores, perfeccionamiento del profesorado en servicio, mejoramiento moral y económico del magisterio. Y en los grandes capítulos, títulos que apuntan a la acción social de la escuela y al significado fundamental de la educación como formadora de democracia. La escuela es considerada como un centro del cual parte la cultura hacia la comunidad. Los alumnos son los portadores de esa misma cultura hacia sus hogares y el grupo escolar se concibe como un eje vital en la educación de niños y de adultos, punto de partida de una sociedad en avance. Y si la función de ser democrático es obligación de cualquier grupo civilizado, es la educación la que debe formar ese espíritu. “El fin de la educación es la eficiencia social”, anota Darío E. Salas, y al comentarlo, agrega:

¹⁰ MUNIZAGA A., ROBERTO. Prólogo de la obra *El Problema Nacional*, Darío E. Salas, p. 14.

“Este problema de la finalidad admite las apreciaciones más diversas, porque no pueden estimarlo de igual modo la democracia que la oligarquía, un país de mercaderes que una nación de soñadores, el pueblo que cifre su grandeza en la posesión de una máquina de guerra formidable que el pueblo cuya fuerza y cuya gloria residan en el vigor moral e intelectual de cada uno de sus hijos”¹¹

En 1922, continúa la obra de Darío E. Salas con una “Breve información acerca de la Educación Primaria en Chile”.

En 1924, “El Problema de la Educación Secundaria en Chile”.

En 1929, “Algunas manifestaciones de la Nueva Educación en Chile”, con motivo del Congreso de la Federación Universal de Asociaciones Pedagógicas en Ginebra, y en el mismo año, “Las escuelas alemanas y europeas. El Congreso de Ginebra. La Educación en los Soviets”, artículo publicado en la Revista de Educación.

En 1934, “Formación del Profesorado”, trabajo presentado en la Segunda Conferencia Interamericana de Educación.

Se cierra de este modo el ciclo de la labor de conferenciante y publicista del eminente educador Darío E. Salas, sin poder mencionar, por respeto a la circunstancia y a la hora, muchos otros artículos y documentos que escribiera a lo largo de su dilatada y fecunda tarea pedagógica.

IV

El pensamiento pedagógico de Darío E. Salas, de indudable calidad moral, se distingue, en virtud de la jerarquía de valores que lo orientan, en sentido de progreso, por el perfeccionamiento del hombre y el desarrollo de la sociedad. Ajeno a las contingencias partidarias, no puede ser indiferente al desenvolvimiento individual y social.

Defiende la libertad e independencia del espíritu humano, el valor autónomo del hombre y el dinamismo de su vida. Aboga por la justicia, la tolerancia y la comprensión entre los hombres. Reafirma que en la vida espiritual y en la libertad radica toda la grandeza y

¹¹ SALAS, DARÍO E. *El Problema Nacional*, p. 213.

dignidad del hombre y reitera que la persona y la comunidad son parte de un organismo vivo en que ninguna puede existir sin la otra.

Sobre estas bases, Darío E. Salas postula con permanente insistencia que la educación debe tender a la formación de un hombre integral sin otras limitaciones que las de sus propias capacidades y aptitudes y aspira a que este tipo de hombre, así formado, alcance la máxima eficiencia individual y social.

Sólo de este modo, el hombre estará preparado para comprender, vivir y acrecentar los valores permanentes de la cultura, en el fluir de la vida; para proyectarse a sí mismo y para los demás, favoreciendo la unidad de la comunidad nacional; y estará capacitado para decidir y participar conscientemente en la construcción de una sociedad libre, justa y democrática que asegure la igualdad de oportunidades para todos, sin privilegios.

La educación, que como propósito deliberado promueve la realización plena de las potencialidades del hombre, se basa en los mismos principios de la democracia y asegura su vigencia y continuidad en lo personal y en lo social. Democracia y educación son términos interdependientes, no pueden entenderse en plenitud en el aislamiento. En su doble sentido, como estilo de vida y como sistema de organización, la democracia constituye una estructura dinámica y progresiva que se renueva constantemente gracias al poder de la educación. Por eso, ella defiende los principios de universalidad, obligatoriedad, gratuidad, laicidad, unidad, socialización y trabajo y tiende a la formación de hombres libres, de espíritu abierto, capaces de ligarse a los deberes que impone la convivencia social y de trabajar por los más altos valores humanos.

Darío E. Salas, promotor de la investigación y revitalizador incesante de la investigación educacional, se caracterizó siempre por la búsqueda infatigable de la verdad. Y quien la busca, se busca a sí mismo primero que nada. Ser congruente consigo mismo es vivir en auténtica verdad. Ser auténtico es ser libre y hombre libre es el que defiende el derecho a pensar, meditar, razonar y discrepar. Es el que no enajena su pensamiento, porque es el único patrimonio que puede dejar a sus descendientes. Darío E. Salas concibió la educación como

un proceso libertario que permite al hombre pensar de acuerdo con su conciencia y su razón, en su espacio, tiempo e historia.

Pensar el pensamiento pedagógico de este educador es —sin duda— recordar el claro sentido antropológico de su significado. Tiene que ver con el hombre y todas sus posibilidades de desarrollo y de perfeccionamiento.

Pensar el pensamiento pedagógico de este educador es —también, sin duda— recordar el claro sentido ecológico de su significado. No sólo la naturaleza del hombre, su propia existencia, sino además la naturaleza de otros hombres, de otras naturalezas de su entorno y las relaciones de esas naturalezas.

Así recordado el pensamiento pedagógico de Darío E. Salas es del hombre para el hombre, de su trascendencia vital y de su inexcusable hacerse frente a la complejidad y a los males del mundo. Es la defensa de la persona humana y sus valores, frente a este mundo dominado por el terrorismo, la guerra, el economicismo, la tecnología, el materialismo y la especialización sin un contexto amplio cultural en el que se inscriban.

V

Cuando deambulaba en los años de mi infancia por las tierras de mi viejo pueblo de Montepatria, nunca pensé que cien años —que conmemoramos hoy— tendrían el hálito vital de este educador extraordinario al concurrir a la escuela primaria de mi aldea.

Cuando mi hermana, mi primera maestra, hojeaba las páginas de la Revista de Instrucción Primaria —que en algún rincón de mi casa todavía yacerán guardadas— y repetía el abecedario que abriría el camino de mis primeras letras, nunca pensé que cien años significarían todo el pensar de un hombre para darle forma y sentido a una lejana escuela rural.

Cuando repetía los versos del poeta de mi tierra en el centenario Liceo de La Serena, jamás pensé que cien años me dirían que juntos, Carlos Mondaca y Darío Salas, compartían los secretos de la declinación y conjugación latinas en la vieja casona de Alameda.

Cuando aprendía en el Instituto Pedagógico los esquivos misterios

del arte de enseñar, tampoco pensé que cien años tendrían que decirme que mi maestra Irma Salas había conocido primero los secretos de ese arte —discípula predilecta— del hombre ejemplar que hoy, en ausencia, está con nosotros.

Cuando enseñaba la arcaica y nueva literatura en el antiguo Liceo de Experimentación “Darío E. Salas”, tampoco pensé que cien años me revelarían —¡qué atrevida ignorancia!— que el primigenio creador del sistema de renovación gradual de la educación secundaria iniciado en Chile en 1945 era el mismo que llevaba el nombre del Liceo.

Cuando, en fin, repasaba los textos y escritos para dirigirme a ustedes esta tarde de mayo, no pensé que tendría que aguardar este momento de cien años para asombrarme con la increíble figura del hombre que creyó, como el que más, en la libertad de la patria por el camino de la educación y la cultura.

Ahora que de nuevo Chile se halla enfrentado a la reforma total de su sistema educativo no podemos ignorar el valor de las ideas que inspiran toda la obra del eminente educador. Él, más que nadie, supo lo que fue el historial pedagógico del ayer y, más que nadie, supo también examinar los hechos de su presente para revelar la prognosis del futuro. Nos duele —como diría Unamuno— el desdén por el pasado. Nos duele la yuxtaposición de economía y educación. Nos duele la modernización exenta de madurez espiritual. Nos duele la prisa del hacer, la certeza del éxito, el apremio de la decisión.

Ahora que se emprende una tarea inmensa para la educación de los niños y jóvenes de Chile, queremos asirnos al optimismo del pascaliano y a la fe y la esperanza de nuestro maestro para alcanzar la grandeza de la patria y, para decirlo con sus palabras, “mirar el porvenir de frente y sin zozobras”¹².

Ahora que el edificio educativo remozza su cimiento y su estructura, es preciso recoger el sentido de responsabilidad que nos legara el sabio educador, porque ella fue más que la decidida voluntad de querer adquirir y reforzar la experiencia de su vida para hacerla compatible con el respeto a la dignidad humana: fue el serio desafío al

¹² SALAS, DARÍO E. *La Educación en los Estados Unidos de Norteamérica*, p. 87.

cumplimiento de su tarea, fue responder al compromiso de su conciencia.

Un gran maestro relató hace tiempo una antigua historia: El hombre se encontró un día, de repente, con una gran oscuridad. Trató afanosamente de hallar el camino hacia la luz y al no hallarlo, tras persistentes tanteos, terminó por habituarse a esa oscuridad y acabó allí el resto de sus días. Otro hombre, en esa misma oscuridad, se esforzó, sin cansancio, por encontrar alguna ruta que le permitiera llegar hacia la luz. Probó, intentó caminos diversos y no encontró la ansiada luz. Tropezó, sin embargo, con otros hombres, que, en idéntica situación, vivían su vida en tranquila pusilanimidad. Se unió a ellos, se dejó guiar por los hombres del camino y, sin afanarse más, finalizaron juntos sus últimos años.

Un tercer hombre, abrumado por la terrible oscuridad, buscó caminos, recorrió senderos, bajó a la sima, subió jadeante y, al fin, por la fe inmensa de sí mismo, encendió una luz, su propia luz, apareció la claridad, y halló, así también con decidida voluntad, el camino que le esperaba.

Esta es la historia del hombre, del maestro, que encontró su lámpara interior, y que he querido repetir hoy, para que sea reencendida por los hombres del presente y del futuro.

VI

Es común que los grandes hombres, justamente por su condición de excepcionales, no tengan sucesores, aunque sí seguidores, émulos y detractores.

Diríamos lo mismo de Darío Salas si no existiera, como una llama viva que prolonga su existencia, Irma Salas, su hija, educadora y maestra de muchos nosotros.

Formada en la alta escuela de esa relación de amor y respeto que la ligó a su padre, en su estilo y su manera, ha continuado la obra y el pensamiento del gran maestro. Renovar, perfeccionar, vitalizar la educación chilena ha sido su meta y a ella entregó su vida profesional. Que no se haya dado el fruto plenamente maduro de esa entrega es culpa de los tiempos y los hombres y no de esta mujer en quien

queremos prolongar el homenaje a su padre, lejos de toda intención de alabanza gratuita. Su devoción por el ser humano que, serenamente, charlaba con ella, niña, y su admiración por el profesor que, joven profesora, impregnó su vida y su quehacer con sus ideas renovadoras, este recuerdo, se debe a ella también, a su amor de hija, a su leal sentido de justicia para con un pensador y realizador en el plano educacional.

Y reconozcamos que ser educadora cuando el modelo es idea y sangre del mismo tronco es tarea difícil. Por eso, digámosle la admiración que todos compartimos por lo que ella ha hecho para sucederlo honrosamente y mantener en alto su recuerdo, repartiendo en múltiples ocasiones su nombre, como se da el pan puro y blanco de una comunión espiritual. Le decimos ¡gracias! por no permitir que se lo olvide.

Ojalá no lo olviden los jóvenes. Ojalá no lo olvidemos.

Señoras y señores:

Cien años son para retornarnos a él. Por eso, esta tarde quise decir apenas cómo era; lo importante que fue que fuese como era. Que sepan los que vienen lo que nosotros supimos.

Cien años para volver a él en su propia última voz de su último discurso de despedida:

“No deseo que quede en vosotros, después de escucharme, la idea de que soy modesto. Tengo un orgullo: el de haber sido siempre un pésimo político y haber tratado de obrar de acuerdo con los dictados de mi conciencia. Aprendí tras una penosa experiencia que en la vida de funcionario nada hay más difícil ni que traiga más sinsabores. A pesar de ello, sin embargo —en eso se funda mi única vanidad— antes y después de esa experiencia, siempre he preferido preguntarme en las horas difíciles, no ¿dónde está tu conveniencia?, sino, ¿dónde está tu deber?”

Tengo además otro orgullo, el de haber salvado, en medio del naufragio que frente a la experiencia, a los golpes del destino y al

espectáculo del mundo, sufren con frecuencia nuestros ideales y nuestros principios, unos cuantos viejos artículos de fe, que espero no habrán ya de abandonarme”¹³.

Señoras y señores:

Cien años para creer con él:

“Creo que la educación es una función por excelencia humana y que en ella el factor humano, el educador, es lo esencial y lo primero y que, por lo tanto, no basta en el profesor el cumplimiento frío del deber, no basta la ciencia, aun cuando esas dos cosas sean indispensables, sino que sigue siendo cierto, piensen otros lo que quieran, que nuestra profesión es, además y sobre todo, amor, abnegación, renunciamiento, sacrificio, en aras de la felicidad de los demás, de una patria mejor, de una humanidad más libre, más inteligente y más feliz. Creo, en consecuencia, que no hay título ni dignidad humana que supere a la simple y suprema calidad de maestro”¹⁴.

¹³ Discurso pronunciado por don Darío E. Salas en la manifestación que se le ofreció, el 13 de julio de 1940, con motivo de cumplir 40 años de servicios en la educación pública. En “Homenaje a Don Darío Salas (Santiago), Centro de Pedagogía, Departamento de Extensión cultural y Propaganda, Prensas de la Universidad de Chile, 1941, p. 10.

¹⁴ Discurso pronunciado por don Darío E. Salas en la manifestación que se le ofreció el 13 de junio de 1940, con motivo de cumplir 40 años de servicios en la educación pública, p. 11.